

Ritmos del tiempo

Una paloma mensajera se ha extraviado

Rodando tierra, como antes se decía, andando en la vida, nos encontramos a veces con alguien que pide nuestro consejo o nos hace confidencias o necesita de nuestra enseñanza para saber lo que debe hacer.

Nos pone en el compromiso de dirigir una conciencia.

Puede que no sea él, ni que seamos nosotros. Puede que sean los acontecimientos, los que crean esta situación, no buscada y de muy difícil salida.

¿Rechazaremos esa alma, ese corazón que se acoge a nosotros, como una paloma mensajera, que, perdido el rumbo, se mete palpitante y, diríamos, abochornada por una ventana desconocida?

Lo primero que se nos ocurre es pensar si tendremos capacidad de aconsejar, de adoctrinar, de iluminar a otros, nosotros que tan desorientados y desaconsejados y sin ciencia nos sentimos.

Pero recordamos, si no las palabras del texto sagrado, la idea que encierra la siguiente promesa del Espíritu Santo: "Los que condujeran a muchos a la justicia brillarán como las estrellas por toda la eternidad". (Dan. 12. 3)

Es decir que si yo, con mi palabra, con mi doctrina, con mi ejemplo devuelvo a su rumbo esa alma que me busca y va a creermé, habré asegurado el esplendor de mi eternidad.

Me tienta, pues, ese inesperado empleo de director de esta conciencia y sólo me hace vacilar el no estar seguro de que mi ciencia sea suficiente.

Siempre es así: uno cree que dirigir una conciencia es difícil porque exige saber mucha teología.

¡No, no tanta! San Francisco de Asís no sabía mucha teología; ni llegó a ser sacerdote, y sin embargo, condujo a muchos al buen camino.

Con que sepamos a fondo nuestro catecismo, así sea el pequeñísimo del P. Astete, con que lo sepamos y vivamos la vida de esas poquitas páginas, tendremos doctrina de sobra.

No nos preocupe nuestra ciencia. Preocupémos nuestra caridad.

¿Tendremos paciencia bastante? ¿Tenemos el don de la simpatía?

Rodando tierra, como decíamos al principio, habremos conocido muchas almas justas, que vivían desparramando a grandes voces una doctrina perfecta, pues sabían a fondo su catecismo, pero...

Merece este pero punto y aparte.

Cuando se da la enseñanza con acritud, simulando humildad y transpirando soberbia, con palabras que no atraen sino que repelen, poco es el fruto que puede esperarse.

La doctrina más dulce y animadora se vuelve amarga cuando pasa por labios ceñidos.

Una sonrisa a tiempo vale más que un discurso.

¡Cuántas almas indoctas o extraviadas, después de escuchar a todas horas lecciones envueltas en regaños o regaños envueltos en lecciones, lo hallaron todo tan repelente que prefirieron permanecer en su ceguera o su descamino, antes de vivir un catecismo tan sombrío y exigente.

Por todo esto, si alguna vez las circunstancias nos ponen en el compromiso de dirigir un alma, no comencemos por sopesar nuestra ciencia. Consideremos si somos capaces de sonreír cada vez que tengamos que regañar.

Y si no somos capaces de ello, aunque sepamos más teología que el Maestro de las Sentencias, cerremos nuestra ventana para que no se nos entre una paloma mensajera que haya perdido el rumbo.

Marzo de 1957.

Hugo Wast